



Benjamín Padilla

(Pseudónimo: Kaskabel)



La telefomanía^g

El teléfono, aparte de la grande aplicación que tiene en el derramamiento de bilis, desempeña otro importantísimo papel en la tumultuosa vida de los negocios.

Se habrán fijado ustedes en que hay sujetos sumamente ocupados, o que aparentan estarlo.

Va cualquier pacífico cristiano a tratar con ellos un asunto y lo reciben de pie, fulgurante la mirada, bailando un pie como síntoma de nerviosidad, restregándose las manos, atusándose el bigote...

¡Contestan «sí..., no..., quizá...», con tal brevedad y con tal rapidez que las palabras parecen flechazos! El interlocutor, desconcertado, acaba por acortar su negocio y dejarlo a medias, y el señor aquel sonriendo nerviosamente dice al despedirlo:

«¡Perdone que no lo oiga ahora con la calma que se merece, pero estoy sumamente ocupado!».

¡Sale uno de ahí con las orejas coloradas y haciendo muy profundas consideraciones acerca de aquel ignorado mártir del trabajo!...

¡Por supuesto que en cuanto el «mártir» se queda solo, se pone a pulirse las uñas, a limpiarse los dientes, o a cualquiera otra operación de no mayor importancia!

Pues bien. ¡Ésos señores ocupadísimos, que se distraen hasta con el roncar de los zancudos, que quisieran que se inventara un lenguaje comprimido para expresar una idea con una sílaba y así ahorrar tiempo; esos señores inaccesibles, a quienes jamás se puede hablar diez minutos seguidos, tiene su lado flaco, padecen su enfermedad: la telefonomanía!

El que esto sabe, no se molesta más en ir a sus despachos. ¡Llama por teléfono y está todo hecho: por teléfono son afables, afectuosos, bromistas, y ni siquiera piensan en que los instantes de su existencia valen lo menos a peseta!

Hace poco estuve a hablar de un asunto interesantísimo con uno de estos mártires de gabinete. Me recibió como de costumbre: nervioso, bailando... Y como para evitarme prólogos, sin siquiera quitarme el sombrero de las manos, me dijo:

«Estoy a sus órdenes. Diga usted».

Como sentía yo la boca de yesca y las ideas habían volado asustadas ante aquel monumento de laboriosidad, para volver en mí, comenté:

«Su asunto es muy sencillo, señor...».

En esto iba, cuando sonó el timbre del teléfono que estaba sobre su mesa: «¡brinn!».

El señor tomó la bocina y, previo un «con permiso», comenzó a hablar:

«¿Quién habla?... Ah, vaya, eres tú, Ricardo. ¿qué tal, eh?... Bien, gracias... Sí... ¿Como a qué horas?... ¿Van los López?... ¡Ya lo creo que está buena!... ¡Qué música!... ¿Y a honra de qué?... ¡Ah, Azuela!... ¿Y el marido?... (Risas estrepitosas para que se oigan por el teléfono). Pues cuenta conmigo... como gustes. Sí... adiós... Sí».

Entre tanto yo, hecho un bobo, volviendo en mi color, mientras aquel mártir del trabajo ponía un paréntesis no muy breve a sus arduas labores.

Saca el reloj como para decirme «no me quite el tiempo» y exclama nervioso:

«¿Decía usted?...».

«Que mi asunto es bien sencillo, señor Oropeza...».

«Briinn... rriinn».

«Con permiso», dice ceremoniosamente el señor Oropeza y coge la bocina:

«¿Con Quién?... ¡Conchita! ¿Qué tal?... ¡Qué milagro que estás levantada tan temprano! ¡No digo!... ¡Todavía hueles el perfume del colchón!... ¡Telepatía olorosa!... ¿Cómo te fue en casa?... ¿Palos?... ¡No la amueles!... Sí, allá nos veremos. Sí... No te mando un beso por temor de que esté cruzada la línea... ¡Mejor te lo llevo!... Sí, hasta la noche!».

¡Yo, que comienzo a sentir coraje ante aquel mártir gofio el trabajo, lo espero que termine, y, en mi interior, le rezo un credo al revés!

Vuelve a sacar nerviosamente el reloj. Me adelanto a sus palabras y le digo:

«Ciertamente, señor Oropeza, tengo aquí casi una hora. Pero no es mía la culpa. Está usted ahora... ¡muy ocupado!».

«Conque veamos: ¿decía usted?».

«No vemos nada, señor. He pensado que es más conveniente que me vaya a mi casa y de allá le trataré el asunto por teléfono... ¡Sólo así podremos acabar hoy!».

¡Y mientras voy por el camino, caro y barato lector, me hago las reflexiones que acabas de leer!

△▽

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo